

DEL SER Y NO SER DE DESCARTES.

I.

Ego cogito, ergo sum,—hé aquí la gran teoría cartesiana.

Yo pienso, luego soy. En efecto, el silogismo es admirable; pero ¿es completo? ¿no falta algo en él, científicamente considerado?

II.

Examinemos con profundidad el entimema, y siguiendo el mismo raciocinio silogístico, tal vez elevemos la cuestión del ser ó no ser, completándola.

En *ego cogito, ergo sum*, encontramos—primeramente—un gran absurdo; por que *si solo és* todo lo que *piense*, entónces, una flor, un ave y un astro, por ejemplo, *no son*,—al ménos que le concedamos *pensamiento*.

Encontramos—seguidamente—otro absurdo; porque, aún contrayéndonos al hombre, aún aplicando à este sér el silogismo cartesiano ¿*piensan* todos los hombres, y no los habrá que carezcan hasta de la conciencia de su propio existir, por muy general que esto no sea?

Segun Descartes, lo que piensa, *és*; ó lo que es lo mismo, lo que tiene conciencia de que existe, existe,—y en ese caso la luna, la Tierra, Saturno, Júpiter, etc., *no son*, por la sencilla razón de que *no piensan*. Y aquí, viene à propósito el apóstrofe de Pascal, al mundo: «Yo, Tierra, *soy* más que tú, porque *yo pienso* y me *muevo* à mi alvedrio. Yo hago esto y lo otro segun mi *voluntad*, y *voy* à la derecha, à la izquierda, arriba ó abajo segun quiero. Tú, Tierra, careces de *pensamiento* ó de *voluntad*, y no te puedes *mover* si no del modo que te han marcado las leyes supremas de Dios. Yo tengo *autotelia* propia y *autonomía* propia, porque *pienso* lo que me agrada y me *muevo* como me acomoda; y tú, Tierra, como no tienes *autotelismo* propio ni *autonomía* propia, como *no piensas*, y como no te *mueves* por tí, ERES ménos que yo.»

T. II.

En estas ó parecidas palabras de Pascal, no ménos admirables por su profundidad filosófica,—se vé que, aunque la Tierra *no piense*, no por eso le niega à este mundo ó planeta que habitamos la condicion de *és* ó ser,—pues le dice à la Tierra *soy* más... es decir: *tu eres*, mundo, pero *soy* como pensador *más* que tú.

En resúmen: segun el *ego cogito, ergo sum* cartesiano, *son* las cosas pensantes; y segun el apóstrofe de Pascal que aducimos, no solo *son* las cosas no pensantes, sinó que *son* más las cosas ó seres pensadores.

Preciso es convenir en que Pascal es un astro que se levanta más *alto* que Descartes, en el espléndido cielo del *ser* ó *no ser*,—objeto de nuestro estudio. Conforme à la teoría cartesiana, *és* todo aquel que *piensa*: conforme al apóstrofe à la Tierra de Pascal, *és* todo objeto, si bien *es más* el objeto ó sér, que tiene *autotelismo* y *autotelia* propia, que el que no la tiene.

Pero respecto al *ser* ó *no ser*, la teoría de Linneo dirime enteramente la cuestión, pues dice: «Los minerales crecen; los vegetales crecen y viven; los animales crecen, viven y sienten; y los hombre crecen, viven, sienten y piensan.»—De modo que los objetos no pensantes y pensantes *son*,—porque los minerales *son* porque crecen; los vegetales *son* porque crecen y viven; los animales *son* porque crecen, viven y sienten; y las personas *son* porque crecen, viven, sienten y piensan.

III.

Entremos ahora de lleno en la cuestión que iniciamos y queremos completar, à propósito de la teoría de Descartes.

Yo pienso, luego soy—dice.

Perfectamente.

Eres! Pero ¿en donde eres? Tu *sum* ó *és*, en que *summa* ó *és* supremo *és*?

¿Eres en tí, por tí y para tí, *ser* en fin inmanente en tí mismo, ó dependes de otro *és*, ó ser, en que *es* todo? ¿Eres *és* ó ser absoluto ó relativo?

Lo primero, solo conviene al Es Supremo, Tiempo y Espacio, espíritu puro, increado y absoluto, en que *es* todo lo crea.

do y relativo;—y como Descartes, ni ningún *és* ó ser que *piense* ó no piense, puede ser *és absoluto*, cuya cualidad *únicamente* es anexa á Dios,—*ergo, yo pienso, luego soy* solo puedo convenir *incompletamente* á un ser relativo, que *és* en el *ES* absoluto (Tiempo y Espacio),—que á su vez dice, para evidenciarnos su *és* ó ser:

«Yo soy todo *pensamiento*: yo lo *soy* todo, y todo *es* en mi, por mi y para mi: *ex ipsa summa essentia, et per ipsam et in ipsa sunt omnia* (1); ó como dice por boca de San Pablo: en mi *ES* todo, en mi *vi*ve todo, en mi se *mueve* todo; pues sin mi (Tiempo y Espacio) *nada puede ser*, y yo, Tiempo y Espacio, *puedo ser* sin cuanto existió, existe ó pueda existir.»

IV.

Tenemos, pues, por *incompleta* la teoría cartesiana sobre *ser y no ser*,—pues debía *completarse* de este modo:

«Yo pienso, luego soy, *en el pensamiento* ó *ES* Supremo, Tiempo y Espacio, en que *és todo és* (2).

V.

Apliquemos el mismo entimema á la existencia de Dios, Tiempo y Espacio, y probará á todas luces que nuestra teoría *ad hoc* es la más completa que se ha emitido hasta el día.

«Sin mi *ES*—dice el espíritu puro Tiempo y Espacio—no hay *és* alguno,—luego yo soy el *Es* supremo.»

Si el criticismo universal admite el *co-*

(1) San Anselmo.

(2) Ya dejamos definida en nuestros estudios, bajo distintas formas, la naturaleza de Dios, Tiempo y Espacio; pero por si aun queda alguna duda respecto á la *esencia* de Dios, intrínseca en el Tiempo y el Espacio, reproducimos la síntesis de nuestra teodicea:

«El Tiempo *és* el *és* del Espacio, vulgo *eternidad*,—en donde *és* todo otro *és* (*duracion*), pensante ó no pensante, objetivo ó subjetivo.

El Espacio *és* (Tiempo) la *oquedad*, ámbito ó *esencia* infinita y purísimamente espiritual de Dios,—en donde *és* (*duracion*) toda otra entidad corpórea ó incorpórea (*extension*).

Y de esa substancia *congénere*, surge naturalmente, no el *nihilismo* como pretenden estúpidamente los materialistas y ateos, sino la *ubiquidad* ó *presencialidad* sempiterna de Dios.

Lo mismo da decir: *la eternidad é inmensidad de Dios*, que la eternidad del Tiempo y la inmensidad del Espacio, *ser de todo ser*; ser en que *nos sentimos ser* en plena *idioscopia* ó *propiedad* de ser.»

gito, ergo sum cartesiano para probar la existencia de una entidad ó inteligencia dada—del mismo modo debe admitir el que formulamos nosotros para demostrar el *ser* ó *no ser* de Dios:

«Sin mi *és*, Tiempo y Espacio, no hay *és* alguno,—*ergo ego sum* el *Es* Supremo.»

Porque todo, todo y todo cuanto hay en el universo en un dinamismo prodigioso (ya *fuerza* del pensamiento, ya *fuerza* de la materia), *ES EN LA* eternidad del Tiempo y en la inmensidad del Espacio, ó como si digéramos, en la eternidad é inmensidad de Dios!

Si pudiera pronunciarse algún *ergo sum* á lo Descartes fuera del espíritu puro Tiempo y Espacio,—nuestra teoría sobre la naturaleza de Dios, sería el absurdo de los absurdos. Pero como *eso* es imposible de toda imposibilidad, nuestra teoría tendrá que elevarse cada vez más esplendorosa en el firmamento de la ciencia, *pésie* á la ignorancia y á la mala fé.

VI.

Pobre nació la flor de nuestro pensamiento, en un rincón de Galicia! Tuvo por auras, las escomuniones de los prelados católicos; por rocío, las sátiras más groseras de la envidia; y por segur, la implacable mano del elemento *oficial*;—pero respecto á la *esencia* que entraña, del *ser* ó *no ser* *divino*, de todos y de todo va triunfando *en el* Tiempo y el Espacio, *ser de todo ser*, *ES DE TODO ES*!—No importa que se cambie ahora de táctica, para combatirla, y se pretenda ahogarla con la *indiferencia*... ¡No morirá!—esa flor intelectual lleva en si misma toda la *fuerza* ó *savía* *de ser* en el Tiempo, por el Tiempo y para el Tiempo, infiltrada en su cáliz por el *Es de todo Es*!

Ni con las persecuciones, ni con la indiferencia, ni con la insultante compasión, ni con los alhagos insidiosos, ni con nuestra propia muerte,—la teoría que expusimos referente á la naturaleza de la Divinidad, podrá jamás extinguirse,—que en la balanza de lo sabiduría, pesa más un rayo de luz intelectual en un platillo, que todas las escomuniones, sarcasmos y hostilidades habidas y por haber, en el otro!

VII.

No pasarán diez ó doce años de duración en el Tiempo y el Espacio, sin que talentos más privilegiados se apoderen de nuestra teoría, y la agiganten en el horizonte de la ciencia. Es la marcha natural de las grandes ideas. Nacen como un error, humildes y pobres entre la atmósfera del desprecio público, y más tarde otras inteligencias las purifican y abrillantan hasta fijarlas determinadamente en el cielo intelectual;—pues se sabe demás, que el destino de las grandes verdades, es ser *contradichas* desde su aparición en la historia del pensamiento humano, y verse combatidas aún antes de haber alcanzado la virilidad necesaria para sostener el combate y salir de él victoriosas.

El mismo clero cristiano que encarnizadamente nos persigue, tiene que hacer suya nuestra teoría, sin pasar muchos años,—ó renunciar á la definición de San Pablo en Dios *somos*, en Dios *vivimos*, y en Dios nos *movemos!*—Tiene nuestra teoría la gran ventaja de ser la *única* de cuantas se han emitido hasta hoy, que no sea *pan-teísta*,—puesto que el espíritu puro Tiempo y Espacio *és de hecho* por si mismo, sin mezcla de sustancia alguna, al paso que nada puede *sér, vivir ó moverse* sin ÉL!

Cuando una gran verdad palpita en los senos del alma, y esta verdad está en lucha abierta con la ilustracion difundida,—sofocar esa verdad, por temor al reproche público, sería altamente cobarde. Mengua para la inteligencia que, por alhagar la muchedumbre, emite solo ideas que la li-sonjeen: entonces el hombre se convierte en reptil que, por un pedazo de pan ó de oropel, se arrastra en el cieno. Nosotros tenemos fé en nuestro destino, porque nuestro destino lo leemos en nuestra propia conciencia,—y si la muerte nos espera por la emision de la teoría que hemos expuesto en la Historia de Galicia y en esta REVISTA, sabido es que nacer y morir tienen la misma fuente, esto es, una modalidad de ser, pero siempre EN EL Ser Supremo, Tiempo y Espacio!—único espíritu puro que reúne las propiedades *absolutas* de ser, y no las *relativas* del *cogito ergo sum* de Descartes.

Ferrol, 1875.

B. VICETTO.

LA ORACION DE INÉS.

(RETRATO AL DESCUIDO.)

Antes la luz faltará
que Inés falte á la novena:
con su prima Filomena,
devota rezando está.

«Padre nuestro que estás—Mira
«á Soledad—en los cielos:
«santificado...—¡Qué pelos!

«sea tu nombre...—¿Te admira?

«Venga á nos...—Mira Isabel,

«el tu reino...—¡Qué impiedad!

«hágase tu voluntad...—
señas hace á Rafael.

«Asi en la tierra...—¡Qué lazo

«lleva Luz!—«Como en el cielo,

«el pan nuestro...—Poco vuelo

«en la falda, y un retazo.

«De cada día...—Allí están

«Mariano y Pepe, los dos;

«dánosle hoy, perdónanos

«nuestras deudas...—¿Nos verán?

«Asi como...—¡Qué patillas!

«¿eh?—Nosotros perdonamos...

¡qué guapos van! ¿Los llamamos?

«Pess... ¿Qué importan las habillitas?

«A nuestros deudores...—¡Bah!

«no nos dejes...—¡Decision!

«caer en la tentacion...

«Voy á llamarlos acá.

«Mas...—La seña han visto bien,

«dicen que si con la mano.

«Adios Pepe, adios Mariano...

«Libranos de mal, amen.»

El fervor de esta devota

la fama do quier divulga:

dos veces al mes comulga

y por la noche... se azota.

J. Alcalá GALIANO.

Vigo, 1875.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

LOS MALDONADOS.

I.

Una de las más singulares antinomias de la Edad Media es el culto decidido y constante que los caballeros rendian simultáneamente á la religion de Cristo y á la religion del Honor, que habia llegado á ser punto ménos que un dios para nuestros mayores.

Perdonar las injurias es un precepto cristiano. No tolerar la más pequeña, fué una ley de la caballería. Cuando se armaba un caballero, el golpe que le daba el padrino con la espada sobre los hombros significaba que aquella era la *última afrenta* que debia sufrir el dignatario. Esto sucedia en el momento de jurar el novel paladin morir por la religion de Jesús.

Notorio es cuan celosa se mostró siempre la no-

bleza gallega de sus honres y privilegios. La satisfacción que tomó de una injuria un caballero de los Aldanas, constituye el objeto de esta breve memoria.

El hecho se celebró entónces grandemente, como que fué origen de un ilustre apellido y de un blason de los más preciados.

Ha llegado á nosotros bajo la fé de Ozcariz Febrer, Piferrer y otros escritores, quienes le asignan la fecha de 839, reinando Alfonso III. Al referirlo nosotros cual ellos lo refieren, no podemos ménos de protestar del anacronismo, pues Alfonso III aún no habia nacido en 839. No faltará alguna otra circunstancia por el estilo, en descrédito de nuestra historia; pero esta, verdadera en poco ó en mucho, sirve para dar una idea de lo que eran los hombres de aquella edad.

No siempre han de ser hechos el objetivo de la Musa del pasado. Muchas veces, más que cien hechos vale un símbolo.

II.

Hernan Perez de Aldana,—á seguir la sentencia de los genealogistas, que han delirado más que Ovidio en las *Metamorfosis*,—descendia de Teodórico, rey de los Ostrogodos, por linea de un Suero, que pasó á Galicia y fundó casa solariega é infanzona en *Aldana*, comarcas de Santiago.

Las armas de la familia eran dos lobos de gules en campo de oro, con el timbre *Ave Maria*.

Despues de cuarenta y seis años de fatigas sirviendo á Alfonso III, cuyo *almirante* (?) fué, Hernan Perez de Aldana se sintió enfermo; y en vista de la inutilidad de los médios humanos para combatir el mal, apeló al socorro divino, invocando á la que es *salus infermorum*.

Tal fé tenia el poderoso valimiento de su excelsa patrona, que, á pesar del estado en que se hallaba, no vaciló en ponerse en camino para visitar el santuario de Nuestra Señora de Montserrat, segun voto que ofreciera.

La molestia de la peregrinacion le empeoraron, y fué preciso llevarle en una camilla á la celebrada iglesia, objeto de sus ánsias.

En esta disposicion inició el novenario.

III.

La afluencia de gentes era inmensa en el santuario de Montserrat el dia 8 de setiembre, fiesta de su titular.

Entre los forasteros que habian acudido aquel año á la famosa romeria, distinguíase uno, que por su traje y servidumbre debia ser todo un gran personaje.

Durante los oficios, cúpole estar junto al lecho

del paciente Aldana, quien,—dicho sea de paso,—no se cambiaba por caballero alguno de la tierra, juzgándose tan bueno y noble cuando ménos como el que más.

El extranjero, deseoso de ver mejor las ceremonias y prescindiendo él mismo de todas, se encaramó muy galanamente sobre la cama del infanzon gallego, que vino á quedar como el diablo bajo San Miguel.

Tamaño desafuero y tan indecente descortesía, hirieron á Aldana en lo más vivo: pero por respetos al templo, hubo de limitarse á decir al osado:

—«Ruégoo en cortesía, caballero, busqueis otro sitio en que mejor podais estar, que vuestros piés me incomodan.»

—«No te incomodarán, si quien soy supieras,»—contestó el soberbio.

—«Más cortesía me hicieras tambien tú, si quien soy supieras,»—replicó Aldana.

Lejos de venir á razon, prorrumpió el mal criado en estas frases:

—«No me des ocasion á que ponga los piés de modo que los sientas.»

Indignado entónces Aldana, exclamó:

—«Caballero: si esta divina señora, á cuya devocion he venido, me devuelve la salud, prométoos que vaya á tomar enmienda y satisfacción de la injuria en su santo templo recibida.»—

Terminó con esto el incidente.

Averiguando luego quien era el empingorotado personage, resultó ser el duque de Normandia, sobrino del rey de Francia.

IV.

Aldana sanó, y no bien hubo recuperado sus fuerzas, se presentó á Alfonso III dándole cuenta de lo sucedido.

Gran pena cobró el rey, así por la calidad del ofendido como por la del ofensor, y deseando arreglar el asunto lo mejor posible, envió un embajador con Aldana á la córte del soberano frances.

Ante este espuso su querella nuestro caballero, causando honda pesadumbre en el ánimo del monarca, que estimaba mucho á aquél, aunque naturalmente estimaria más á su sobrino.

El duque de Normandia compareció en estrado, y hubo de confesar su falta, de la que pidió perdon al afrentado gallego.

No se contentaba Aldana con tan poca cosa, y exigió que el duque se postrase en tierra; para poner sobre él un pié, en desagravio de la injuria de Montserrat, y segun ley del Talion.

El ofensor se resistió á humillarse de tal suerte, y no habiendo avenencia, decidió el rey de Francia

que las dos partes zanjaran la cuestion por las armas en singular combate.

Asi se efectuó. El dia de la lid aparecieron ambos caballeros de punta en blanco, y rompieron en mil pedazos sus lanzas á la primera embestida.

Siguió la pelea, usando la pesada maza, hasta que Aldana derribó de un golpe al Duque de Normandía, que rodó herido por la arena.

Con la celeridad que presta la sed de venganza, saltó Aldana del caballo y se dirigió á su adversario con la firme intencion de cortarle la cabeza. Pero el rey interpuso su espada, y advirtió al español que satisfecho quedaria su honor, si el duque moria de la herida, como era probable.

Nuestro héroe abandonó el campo.

V.

Cuando el soberano francés creia acabada la historia, se halló con Aldana, que tornaba á su presencia demandando venganza.

Asombrado de aquel hombre implacable y ansiano terminar de vez, le ofreció honores y riquezas á cambio de una honrosa transaccion.

Aldana observó que, sobrándole todo en su casa no se habria molestado en ir por ello á casa agena; y añadió que se retiraría á España, no solo quejoso del duque, sinó tambien del rey.

En tal punto, este prometió otorgarle todo lo que le pidiese. Aldana pidió para su escudo *un blason de cinco flores de lis, ya que los reyes de Francia usaban solo tres.*

Comprometido el monarca por su palabra, contestó con estas que conservó la historia:

—*«Je te las donne, bien qu'elles soyent maldonnées.»* (Yote las doy, por más que sean mal donadas.)

Explican los tratadistas de heráldica el *maldonnées*, no como referido á un don que nose mereciera, sino cómo don arrancado por fuerza mayor, á despecho propio.

Aldana entonces se dió por cumplidamente vengado, y tal vez bendijo la injuria que le ofrecia una reparacion de aquel género.

VI.

Para memoria del suceso, Hernan Perez de Aldana y sus descendientes tomaron el apellido *Maldonado*, y añadieron á sus blasones *cinco lises de oro sobre azur.*

Su casa se engrandeció por entronques con las primeras familias, y la historia registró muchas veces las hazañas de *Aldanas* y *Maldonados* en nuestras luchas con los sarracenos.

Un caballero de esta descendencia, Juan de Aldana, obtuvo del rey Jaime de Aragon por premio

T. II.

de sus proezas *tres coronas y una espada de oro sobre gules.*

Asi se deduce de nuestras crónicas el origen de los Maldonados y el de las lises en los escudos españoles.

TEODOSIO VESTEIRO Y TORRES.

Madrid, agosto 1873.

EL NACIMIENTO DEL P. FEIJOO.

I.

Allá en la aldea de Casdemiro, vese una casa, dulce retiro de una familia noble y leal, las ledas brisas y la corriente del claro Miño, pausadamente sus negros muros besando van.

Grandes recuerdos de gloria encierre la antigua casa de nuestra tierra que besa el Miño murmurador: allí los ojos abrió en el mundo, esclarecido genio fecundo, el renombrado *Padre Feijóo.*

Era una tarde, y el sol moria; allá en los bosques, leve armonía iban formando murmullos mil, daban perfumes las blancas flores, los pajarillos, cantos de amores, el río, el aura, ecos sin fin...

No sé que vago rumor lejano, jamás oido por ser humano, iba tomando fuerzas y voz en el hermoso feliz retiro, allí en la aldea de Casdemiro cuando á este mundo vino *Feijóo.*

Una hechicera madre virtuosa hija obediente, leal esposa, en su regazo, con tierno amor tenia al niño, tan hechicero como es la luna del mes de enero como en estio se muestra el sol.

La madre, al niño con fé arrullaba, con inefable gozo lloraba el padre, el niño lloró tambien y en aquel dia tuvo Galicia una esperanza y una delicia, un sol, un génio de gran valor.

Cantando mientras su nacimiento iban en alas del raudo viento, blancas visiones, coros de amor, música blanda, dulce armonía, que así cantaba cuando nacía aquel destello de luz de Dios.

II.

Despierta Galicia, despierta, no llores te nace hoy un hijo que un génio será,

ondinas del Miño, con cantes y flores,
la cuna del niño, feliz arrullad.
Los géneos que fueron de grande memoria
velando su sueño ya llegan aquí:
virtud y nobleza, talentos y gloria,
guardadas ya tienen para ornar su historia
las *hadass* que habitan las grutas del Sil.
Filósofos, sábios, bajad la cabeza,
estrellas, dejadme brillar á ese sol,
que fuego divino le dió por grandeza.
aquel que portentos de luz y belleza
en cielo y en tierra de *nada* crió.
Galicia, despierta, Galicia no llores,
tendrás quien destierre tus viejos errores,
ya tienes más glorias y un nuevo blason;
Galicia recuerda con cantos y flores,
el nombre del géneo, destello de Dios.

VALENTIN LAMAS CARVAJAL. (1)
Orense—1874.

CUADROS DE LA HISTORIA DE GALICIA.

COLONIAS GRIEGAS EN GALICIA:

su historia y su influjo bajo los aspectos
económico y social.

TERCERA PARTE.

INFLUJO DE LAS COLONIAS GRIEGAS EN LA VIDA ECONÓMICA Y SOCIAL DEL PAIS.

I.

Artes útiles y bellas artes debidas á la colonizacion.

Que los pelagosos y los helenos; que el pueblo griego, en fin, era de los más civilizados del mundo antiguo,—no hay historiador que lo contradiga. De consiguiente ¿qué mucho que la Galicia anterior á la Galicia *municipal* de los romanos y á la Galicia *feudal* de los suevos, la única significacion económica-social que hubiese tenido, la debiese á la Grecia *colonial*?

Creemos que no cabe decir más, históricamente, en ménos palabras.

Pero—elevémonos en espíritu á la época de la colonizacion griega en Galicia, y veámos sus pueblos con los ojos del alma.

Hélos ahí. Hé ahí sus hombres y sus mugeros, y su descendencia de sangre galo-griega, y sus artes, y sus industrias, y sus usos y costumbres.

Hé ahí como cuidan sus ganados y aves domésticas; como emprenden sus cacerías contra las fieras de las malezas, como *aborrallan* sus *agros* (campos) é inventan el arado para amansarlos; como talan el árbol *bravo* para utilizar la madera en construcciones, ó alimentar el fuego del hogar, y respetan el árbol frutal para su manutencion y sombra:

Hé ahí como construyen sus *lares* (2) (chozas)

(1) Traducida del gallego al castellano por D. José de Castro Valladares.

(2) Segun todas las apariencias los pelagosos fueron los que desmontaron el suelo de la Grecia; los que edificaron allí los primeros

en hilera, ó á la vista unas de otras, y las cubren de pizarra ó bálago (1):

Hé ahí como inventan la criba para el grano, y la *paneira* (2) para cernir la gran piedra circular (*moa*) que á su impulso ha de moier el centeno ó *millo*; y como amasan esa harina, y construyen y calientan el horno cilíndrico para cocer sus tortas, base de su alimentacion:

Hé ahí como colocan las colmenas en sitios secos y abundantes de flores del monte, con objeto de que las *bésporas* (abejas) depositen en ellas la miel y la cera, perfeccionando los panales para su aplicacion medicinal y doméstica, que los célticos indígenas miraran con indiferencia:

Hé ahí como de la madera blanquisima del abedul hacen sus cucharas, escudillas, tazas, vasos, finas, todos esos *arxiales* (utensilios de cocina); y del mismo árbol, por incision hecha en la primavera, recogen un abundante licor, dulce y agradable, que, despues de purificado por destilacion, usan para la gota, tisis, mal de orina y otras enfermedades:

He ahí como hacen sus comidas en torno del hogar, reservando el asiento preferente al más anciano:

Hé ahí como construyen sus *monogilas* ó botes escabados de un solo tronco de árbol, de que nos habla Estrabon, ó botes mayores con mimbres forrados de cuero, de que tambien nos habla el mismo geógrafo; y elaboran á la vez sus aparejos para pescar ya en los *peiraos* ó piraos (3) de la mar, ya en los remansos de los rios:

Hé ahí como las mugeres (aureanas) recojen en las orillas de nuestros rios el mineral que arrastran, y colando la arena en *zarzos* entregidos (cestos), la lavan, despues de haberla envuelto en un trapo, hasta que *dejan el oro purificado* (4):

Hé ahí como plantan las cepas simétricamente, y las guian con *vimios* (mimbres) en todas las riberas que calienta el sol constantemente, como las del Avia (5);—y forman grandes toneles para fermentar en ellos el licor de la uva;—y construyen vasos y jarros de *casiteros* (estaño) ó plata, segun las facultades de cada familia (6):

monumentos de piedra, las construcciones macizas y en trozos informes y sin cimiento, que se encuentran tambien en Italia, y que tan pronto se llaman *ciobépas* como pelásgicas.

Llamaban á sus ciudades *Larissa*; nombre derivado de la palabra *lar*, que significa morada, y la cual dió tambien la etimología del nombre *lares*.

(Enciclopedia moderna.—Pelagosos.)

(1) Los pelagosos—dice Cantú, pag. 573—introdujeron entre los rústicos de sus colonias, el hogar doméstico y la piedra de límite, esto es, la familia estable y la propiedad.

(2) Aunque parezcan extrañas estas voces galaicas con el diptongo *ei* á la época de la colonizacion griega, no lo son; pues á ella deben su origen, como *queiro*, *queiroga*, etc. cuya estructura es casi igual á *quiropteros* y otras griegas aun hoy: así como las voces *nérras* que proceden de los *nerios* griegos en Galicia.

(3) Los desembarcaderos de la Moureira en Pontevedra aún conservan este nombre. Pireo es el puerto ó Moureira de Atenas en Grecia. ¿Quién sabe si los griegos trajeron á Pontevedra esa denominacion? M.—GARCIA SARMIENTO.

En Betanzos llaman piraos ó peiraos á los muelles ó embarcaderos de la mar ó del rio Mandeo.—

(4) Estrabon (lib. 3), al hablar del litoral artábrige de Galicia, con referencia á lo que dejó escrito Posidonio, ántes de que la conquistaran los romanos.

(5) De aquí la celebridad que los romanos dieron á los vinos del Avia,—y cuya industria vinícola no debieron los gallegos á su dominacion en el pais, por ser hija de las colonias griegas.

(6) Eran tan abundantes de estaño nuestras islas que por eso fueron llamadas *Cassiterides* en la antigüedad,—voz enteramente griega de *Cassiteros*, estaño. Estrabon, Plinio, Diodoro de Sicilia y otros autores así lo atestiguan, situando las Cassiterides en *Galloecia* y en la *región artabrorum Promontori*. Se ha querido suponer modernamente que las Cassiteredes no eran en Galicia y si en Inglaterr-

Hé ahí como preparan la leche de sus corpulentas vacas, con más esmero que tuvieran hasta allí los céltigos indígenas, para elaborar sus famosas *manteigas* (mantecas) y *queizos* (quesos):

Hé ahí como en sus ocios ó sus tribulaciones, observan el vuelo de las aves y adivinan por él y predicen sucesos prósperos ó adversos para ellos, sus régulos ó parcialidades; adiestrándose en esos presagios y vaticinios, que anunciaban, interpretaban y solemnizaban todos los hechos ó acciones trágicas de los ciudadanos ó de las localidades, — idioma adivinatorio en lo que eran muy sagaces nuestros galaicos según Silio Itálico (1) y que no se había perdido del todo aun en la época de Gelmirez (2):

Hé ahí como construyen sus carretas, y uncen á ellas sus mejores bueyes para trasportar las producciones desde los valles á la ciudad y vice versa, — reservando los bueyes blancos, que consideran como sagrados, para el sacrificio:

Hé ahí como siembran el lino, lo cojen, lo humedecen en los ríos, lo mazan al son de sus *marelas* (canciones), lo rastrillan é hilan en las *fiadas* (reuniones nocturnas), é inventan el telar de mano para que el *tecelan* (tegedor) elabore los famosos lienzos, que más tarde han de admirar los romanos (3), y tejen las lanas para los *dengues* y mantelos de las mugeres, vestidos de los hombres y las *leiras* del lecho (mantas):

Hé ahí como, además de ser agrícolas, manufactureros y artesanos, poseen la escritura que importaron los pelosgos (4):

Hé ahí como templan sus *coitelos*, dagas, *macarras*, lanzas y hoces de podar (*foces*, *focenses*) en las aguas de nuestros innumerables ríos, escogiendo al efecto las que más firmeza dan al acero; — y de aquí, más tarde, la nombradía que adquieren para el temple las corrientes del Bilbilis y el Cálbe (5):

Hé ahí como para recrearse bajo las anchas capas de los castaños y dancen las jóvenes hermosuras

ra (las Sorlingas) ¡Qué ceguedad! En ese caso no las hubieran colocado los geógrafos del imperio romano en el promontorio Artabro ó vecinas á él, *vicinas invicem*, sino en el promontorio Brest en las Galias, — puesto que las Galias estaban ya bien conocidas de ellos y las Sorlingas distan muy poco de los promontorios norte de Francia.

Mela las coloca en la region de los céltigos (*incelticis*) esto es, Galicia, — á la cual da por indígenas á los (*celticis*) celtas.

(1) «La rica Galicia envió tambien á sus jóvenes, sagaces investigadores de las entrañas de las victimas y del vuelo de las aves... Guerras Púnicas».

(2) Recuérdese el episodio de que nos habla la historia Compostelana, en ocasion de ir Gelmirez en socorro del hijo de D.^a Urraca, pues los partidarios del obispo le persuadian que no atravesara el Miño al ver un ave volar en sentido opuesto al de la barca en que acababa de embarcarse. — Cantú dice (pag. 273) que según Herodoto, los griegos consultaban el canto y el vuelo de las aves, las entrañas de las victimas etc, etc, — lo que transmitieron á los romanos, así como á los demás países que colonizaron.

(3) Nuestros lienzos *zoolas* y *triabas*, eran celebrados en Roma, — y esta industria tampoco la debió el país á los romanos, sino á los griegos. —

(4) Que los pelosgos eran sobresalientes en la escritura, lo dice Plinio: *pelosgos in Latiám litteras attulisse*; — y si Estrabon encarece esta cualidad en los turdetanos (andaluces), no por eso dice que los gallegos no la conocían, como han pretendido algunos: sólo dice que los turdetanos *excedían* en letras á los demás peninsulares, y no terminantemente, sino: *puntantur excolere*. Para negar que los gallegos conocieron el alfabeto pelásgico ó griego, sería preciso negar sus colonias en el país, lo que es imposible. «Aferrarse en negar la trasmision de la civilizacion griega á estos pueblos del océano, es una necedad ó un delirio,» — dice con mucha oportunidad Verey y Aguiar al evidenciar las colonias griegas en Galicia.

(5) Ríos Bibey y Cave de Galicia, sin embargo de que, respecto al último, aun se conserva íntegro el nombre de Calybe en un río de las montañas de Lugo que muere en el Cabe, —

á sus armoniosos ecos, inventan la *zanfonia*, ese instrumento músico tan popular aún en el país, y que los griegos denominaban *sinfonia*:

Hé ahí como en sus cambios usan primero de pedazos de láminas de plata ú oro, ya de las minas de Monterrey ó de otras del país, ya del Sil ó de otros ríos, y luégo los efectúan por medio de monedas que acuñan con la mayor perfeccion, — ellos que adelantando sus conocimientos metalúrgicos y artísticos, cincelan brillantes armaduras, cuya exquisita labor resplandecerá más tarde en el mundo, como la que cincelaron para regalar á Aníbal en el sitio de Sagunto, *Gallaica telluris opus*, asombrando á los cartagineses por su hermosura, — pues el sentimiento estético no se refinó en pueblo alguno como en los griegos, — y los cartagineses, creerán que Galicia es el país de las hadas ó de las maravillas, y sus armaduras tendrán cantores inmortales como Silio Itálico (1):

Se continuará.

BENITO VICETTO.

EL RELOJ DE LA CONCIENCIA.

Conciencia, reloj viviente
que en el espíritu humano
fabricó con sábia mano
artífice omnipotente:
pulsas, suena indeficiente,
pues que sirve, bien oída,
esa máquina regida
en su más tranquila calma,
de despertador del alma
y de muestra de la vida.

Tu artificio es singular,
pues del tiempo dilatado,
más que el presente, el pasado,
aciertas á señalar.

Para mí en particular
fué tu estructura precisa,
pues cuando, como vá á prisa
su curso yo no advertí,
de las horas que perdí
la repeticion me avisa.

Cuando del tiempo ligero
lo que ya viví repasas,
aunque veo que te atrasas,
no hay reloj más verdadero.
Ríñeme entónces severo
errores del alvedrío;

(1) Esta armadura completa, cuyo mérito en cada pieza encarece el poeta del imperio hasta el extremo, deteniéndose especialmente en el escudo, excita su admiracion por el primor y expresion con que estaba representado en su contorno cada pasaje de la historia de los amores de Dido y Eneas, — lo que supone ya en esto una gran civilizacion en nuestros galogriegos ó gallegos, con mucha, muchísima anterioridad á la conquista del país por los romanos. Sigue encareciendo Silio en sus cantos las bellezas y delicada labor de la armadura: pero al llegar á describir la situacion ó escena en que los dos amantes se ven abrigados en una gruta, mojados por un aguacero que los sorprendió en su paseo amoroso, dice: «... esto se veía tau al vivo, con tanta propiedad y delicadeza, que no hay palabras con qué alabarlo, sino decir que lo hicieron manos gallegas: *callaica fecere manus*, — frase que adoptó nuestro célebre escultor Felipe de Castro y colocó al pié de las estatuas de Trajano y Arcadio que vimos en el patio del palacio real de Madrid.

más fuera nuevo error mio,
sobre tanto desacuerdo,
achacarte el desconcierto,
cuando es mio el desvario.

Noche y dia, sin parar,
tu agitacion misteriosa
un momento no reposa
ni me deja reposar.

¿Cómo no he de repasar
tu continua pulsacion?

O ¿cómo á la distraccion
lugar alguno le queda,
*si los dientes de tu rueda
me muerden el corazon?*

Fuerza es que siempre constante
nunca el curso un reloj pierda,
dónde es la reflexion cuerda,
y el pensamiento volante:
más que tal vez se adelante
tu vuelo quiero deberte,
pues será feliz mi suerte,
si á mi atencion prevenida,
en el dia de la vida
dás la hora de la muerte.

Tu aviso con igualdad
observaré diligente;
*sabiendo que está pendiente
del tiempo la eternidad.*
Y pues con tal brevedad
vuela el dia que me alienta,
bien es advertias atenta
e uanto te importa alma mia,
tener cuenta con el dia
para el dia de la cuenta.

FR. BENITO FEIJÓO MONTENEGRO.

Oviedo, 1750.

SEMBLANZAS GALAICAS CONTEMPORÁNEAS.

EL GENERAL DE MARINA

DON FRANCISCO MOURELLE Y LA RUA.

(Continuacion.)

IV.

En 1.º de junio de 1784, se embarcó en San Blas de comandante de la misma fragata *Princesa*, para conducir las noticias de la paz á Manila; y de regreso al propio puer o de San Blas en noviembre quedó desembarcado, encargándose del mando de aquel apostadero en 1.º de enero de 1785, que conservó hasta 1.º de octubre.

El 9 del mismo mes, por falta de oficiales y pilotos, tomó el mando de la pequeña goleta *Felicidad*, y con los caudales y pliegos para el establecimiento de la compañía, pasó á Manila, sin otro piloto ni oficial, haciendo aprender de memoria al contra maestre una derrota muy clara, para que si

él faltaba, no peligrase el buque. Era esta la vez primera que se veía una embarcacion de tan reducidas dimensiones atravesar 2,600 leguas, y pasar por los cabos; rasgo de valor y audacia que demuestra que ante el deber desaparecía en el ánimo de Mourelle toda idea de peligro: despues de infinitos riesgos llegó al puerto de Manila en fin del propio año. La goleta *Felicidad*, aunque con el nombre de *Mosca*, se conservó en el arsenal de Cabite hasta 1844, mostrándose á los viajeros, como testimonio auténtico de la pericia náutica y arrojo de aquel distinguido marino.

En 1.º de febrero de 1786, tomó en Manila el mando del navio *San Felipe*, para conducir á Cauton crecidas cantidades de caudales: en esta ocasion, su espíritu investigador, poco conforme con la lentitud de la antigua derrota, le hizo descubrir otra nueva; por la cual se logró hacer tres viages al año, cuando hasta entónces no habia podido verificarse sino uno.

En octubre de 1790, con motivo de las desavenencias con la Inglaterra por el puerto de Nutra, el virey entónces de Nueva-España, conde de Revillagijedo, encargó á Mourelle el despacho de su secretaria, y en ella la relacion de los «Diarios de los descubrimientos que se habian hecho por los españoles en la costa de América.» Estos trabajos, que no vieron la luz pública, se encuentran originales en poder de sus herederos, figurando Mourelle como redactor y como espedicionario, en dos de los viages que contiene.

En 1.º de setiembre de 1791 le encargó dicho virey la comision de reconocer el estrecho de Fuca; y embarcado en San Blas, mandando dos goletas, se desembarcó en Acapulco en 1.º de febrero de 1792, desde donde pasó á Méjico destinado á la misma secretaria.

En febrero de 1793, recibió la órden para regresar á España: verificó su viage y arribó á la Coruña en 1.º de julio del mismo año; y destinado al navio *San Agustín*, en julio de 1794, perteneció á la escuadra mandada por el general D. Juan de Lángara, que fué al socorro de Rosas.

Desde 1.º de febrero de 1795 hasta 15 de setiembre de 1796, estuvo embarcado en los navíos *Oriente*, *San José* y *San Telmo*, pertenecientes á las escuadras mandadas por los generales Lángara y Mazarredo, haciendo en ellas los viages de Italia y de Tolon.

Trasbordado en 1.º de febrero de 1797 al navio *Conde de Regla*, se halló en el desgraciado combate naval del 14 de dicho mes en las aguas del Cabo de San Vicente; y la bizarría y acierto con que se condujo en aquel aciago dia, le hicieron acreedor á la distinguida reputacion que obtuvo en la arma-

da. Muere en las primeras descargas el general, conde de Amblimout, que montaba el *Conde de Regla*, y estando sobre el alcázar á su lado tambien herido, el primer comandante Brabo, quedó encargado por este del mando D. Francisco Mourelle; y el *Conde de Regla*, con el navio *Príncipe*, se vieron empeñados en un combate desigual contra siete navios ingleses; pero con la pericia y valor de Mourelle, no solo lograron salir con honra de aquella desventajosa posicion, sinó que, rompiendo á pocas horas un vivo fuego contra otros tres navios ingleses que batian al *Trinidad*, que montaba el general Córdoba, les obligó á que arribasen hácia el cuerpo de su escuadra, que se habia reunido sobre los buques rendidos, salvando así al navio de la insignia. La comprobacion de este hecho glorioso consta en la honrosa certificacion que el general D. José de Córdoba espidió á favor de Mourelle en 1.º de marzo del propio año, quince dias despues del desgraciado combate.

En 1.º de abril fué Mourelle destinado al apostadero de Algeciras, con el mando de los cañoneros del mismo, bajo las órdenes del general Heceta; hallándose con ellos en cuarenta y un combates contra la plaza de Gibraltar, al lado de los demás buques españoles. Entre los espresados combates son dignos de atencion los siguientes hechos relativos á dicho valiente marino: 1.º El 5 de noviembre se presentó en el Estrecho un convoy escoltado por tres fragatas inglesas: trabóse un combate obstinado y sangriento, en el cual Mourelle rompiendo un fuego bien servido con once cañones, causó grandes estragos en los buques ingleses, alcanzando por resultado el apresamiento del bergantin enemigo *Príncipe Guillermo*: 2.º Apresado en 1.º de febrero de 1798 por un corsario inglés un bergantin dinamarqués, seis de los cañoneros le atacaron con tal vigor que, soltando el remolque, tuvo que hacer grandes esfuerzos para huir, dejando el bergantin en poder de los pañoles: 3.º El 15 del propio mes buscó Mourelle y rindió con algunas cañoneras un bergantin inglés, á pesar de la oscuridad de la noche y del bien servido fuego de aquél, llevándolo prisionero: 4.º El 1.º de abril atacó y abordó con diez cañoneras á un místico, corsario inglés, que llevaba á remolque una urea dinamarquesa, que habia quitado en el estrecho á un corsario francés; y á pesar de los tiros de la Punta de Europa, condujo Mourelle al fondeadero de Algeciras á dicho corsario inglés y á su presa: 5.º El 26 de mayo rescató una fragata española que navegaba con bandera marroquí, y que habia sido apresada por cuatro corsarios ingleses, á quienes cañoneó, alejándolos á la costa; y 6.º El reñido combate de 19 de enero de 1799, que dió por resultado caer en poder de los españoles una fragata tras-

porte, dos bergantines y una cañonera enemiga, con ciento veinte prisioneros, entre ellos cinco oficiales, incluso el comandante inglés de las lanchas cañoneras de la plaza de Gibraltar. Esta accion mereció una real orden, muy satisfactoria por el comportamiento y bizarría del comandante y demás que concurrieron á ella, siendo Mourelle ascendido á capitán de navio.

JOSÉ MONTERO Y AROSTEGUI.

(Se continuará.)

SOLEDAD.

Fué un sueño, nada más!
GARCÍA GUTIERREZ.

¡Pasó...! Cual sombra que conduce el viento
y en sus ondas girantes abatió,
cual fantasma de un sueño turbulento,
ó fantasma que un ser calenturiento
entre las ansias de la muerte vió:

Cual hada que arrebató el torbellino
luego que gloria de la mente fué,
rauda pasó!—Ni huella en su camino,
que indique el esplendor de su destino,
nada mi ser por donde quiera vé.

Soledad... soledad por siempre miro
en torno de mi helado corazon;
á nada amante en mi horfandad aspiro;
mi amarga vida es un fatal suspiro,
frenético suspiro de pasión.

Inmóvil en el mar de la esperanza,
ciego entre sombras que girando ván,
ni una ilusion de amor la mente alcanza,
ni un eco que responda en lontananza
y haga latir el corazon de afán.

Que el ángel de mi ardiente fantasía
para siempre ante mi fugaz pasó:
rayo de sol sobre una tumba fria,
estrella errante en una noche umbría,
sombra sin cuerpo, que mi ser cubrió.

Yo le tendí los brazos: yo de hinojos
abrasado de amor le supliqué
tuviera compasion de mis enojos;
y el ángel apartó de mi los ojos
é inexorable con mi angustia fué.

Tendió el ángel las alas,—y en su vuelo
en vez de remontarse al rosicler
que brila puro en el azul del cielo,
al abismo bajó en su torpe anhelo
transformándose en lúbrica mujer...

Por eso sin amor, sin esperanza,
ciego entre sombras que girando ván,
ni una ilusion de amor la mente alcanza,
ni un eco que responda en lontananza
y haga latir el corazon de afán!

BENITO VICETTO.

Coruña—1870.

GALICIA PINTORESCA.

LA TORRE DE SAN SATURNINO.

I.

Existe en el vecino puerto de la ría de Arosa, una torre cuya antigüedad debe remontarse al siglo VIII. En un pequeño islote, que comunica por un puente destruido completamente con la villa de San Tomé, se levantan magestuosas dos paredes de una altura regular, y sostenidas tan sólo por unas rocas sobre las que se hallan cimentadas.

Son la admiración de todos los que las contemplan, porque parece imposible que á un débil soplo del viento no se hundiesen en el alborotado mar que las rodea. Más no sucede así; las tempestades más recias, los temblores de tierra, los temporales más duros, zumban y se estrellan contra aquella colosal obra del arte. Y sin embargo, mirase con desprecio y nadie se ha ocupado de su origen que pretendemos buscar, fundados en las tradiciones populares. Aquel promontorio pedregoso, áspero y encumbrado, se halla á una altura superior á la de la villa cercana, cuya diferencia será de ocho metros sobre el nivel del mar.

La susodicha torre es una especie de faro, concluye en punta y tiene la forma de un prisma rectangular. El grueso de sus paredes excede de cuatro palmos y tiene en uno de sus lados unas troneras que sin duda sirvieron de ventanas.

Al aparecer el sol en Oriente, sus rayos iluminan su cúpula antes de prestar su roja claridad á los habitantes de la villa; espectáculo poético que más de una vez al lado mismo del torreón hemos presenciado. Aquel espinoso erial que participa de la soledad de la muerte, debe tener más de cien metros de circunferencia, cubierto de musgos y piedras, ostentando en su centro las paredes de una iglesia, parroquia antigua de la villa de S. Tomé. Pero vengamos á la tradición.

II.

En la cima de un elevado monte distantes dos leguas de S. Saturnino y que apellidan *Lobeira*, existen profundísimas cuevas cuyo fondo jamás pudo averiguarse, pues pretendiendo varios obreros descubrir el secreto, se dirigieron á este monte con las herramientas necesarias para la rotura de aquellos enormes peñascos, y al comenzar su operación ni una sola astilla, ni una arena consiguieron separar, huyendo á la desvandada al sentir el eco de sus voces que reflejaban en aquellas medrosas cavernas, diciendo que estaba aquel lugar *encantado*.

Allí existió también una torre desde la cual se distinguía perfectamente la de S. Saturnino, así como también una gran parte de las Rías bajas. Era de altura colosal y forma cilíndrica, permitiendo acomodarse perfectamente en su recinto más de doscientas personas, fortaleza que cedió por el trascurso de los siglos sin quedar resto alguno de su existencia. En los tiempos de don Alonso II el *Casto*, las correrías de los sarracenos por Asturias y Galicia eran frecuentes, causando destrozos y consternando los pacíficos moradores galaicos.

Hacían generalmente sus asaltos por mar y eran valientes y fornidos.

Huyendo varias familias á esconderse en las cuevas para resguardarse de sus comunes enemigos, es tradición vulgar y seguida que apiñados varios guerreros en el islote de S. Tomé, irguieron una torre que comunicaba con otra igual colocada en la cumbre del *Lobeira*.

Los seres que vivieron agazapados en este monte, descubrieron aquel promontorio, y determinaron hacerle medio de defensa, pero era una temeridad dirigirse á aquellos solitarios lugares sin más guía que Dios. Concibieron la idea de practicar escavaciones y comenzaron su tarea, finalizando después de muchos años una galería subterránea que les llevó al lugar deseado. En lo último de sus respectivos castillos, por medio de luces de diversos colores, se entendían y participaban las noticias alarmantes, y se veían continuamente ondear banderas diferentes que avisaban á los del *Lobeira* sus expediciones. Para emprender sus viajes por los subterráneos hacían provisiones, pues les llevaban bastantes días, alumbrados por antorchas y sorprendidos á veces por asquerosos reptiles.

III.

Así vivieron sobresaltados un puñado de valientes, que después de agotadas sus fuerzas sucumbieron de hambre y miseria en aquellas lóbregas concavidades. Desde entonces escuchase en el *Lobeira*, á las altas horas de la noche, los quejidos de muerte que lanza aquella peña encantada. Hasta aquí la tradición. Lo que parece más probable es que como los ataques marítimos de los árabes pusiesen en peligro aquella parte de territorio, alzasen como sucedía en toda España aquellas fortalezas para impedir sus continuas vejaciones. Y es lo más cierto, lo más verosímil que la del *Lobeira*, era un medio de avisar los próximos peligros á los de S. Saturnino y transmitirles la aproximación de bajeles moriscos por la ría de Arosa, que completamente dominaba. Queda mucho, muchísimo que relatar, pero tendríamos que formar capítulos y ocupar volúmenes. Hoy sólo

quedan ruinas, montones de piedras cubiertas de zarzales que nos recuerdan los esfuerzos de nuestros abuelos en la obra prodigiosa de la reconquista. Con esto quedan desvanecidos los cuentos fantásticos que huyen de la verdad.

Tal es la historia de la torre de San Saturnino, á cuyos alrededores se ha ido formando la villa de San Tomé, que en la actualidad forma el pueblo de Cambados erigido ha tiempo en cabeza de partido.

Santiago, 1875

A. BOTANA.

LA TEMPESTAD.

¿Qué fuerza incontrastable
las olas de la mar turba y agita?
¿Qué poder formidable
sobre la tierra ardiendo precipita
de ígneas lenguas torrentes destructores,
que los extensos llanos de sembrados,
las frescas arboledas
y esa copia infinita
de bellísimas flores
queman, abrasan, y aridez y duelo
dejan tras sí cual maldición del cielo?
¿Dónde se esconde el Sér que impunemente
incendia las ciudades,
altísimos alcázares derrumba,
y del mar en las tristes soledades
al navegante abre informe tumba?
Si es *Aquel* á quien debe el universo
la vida, la existencia,
¿por qué ligado al génio que procrea
puso al génio perverso
que, en continua pelea,
las centellas fulmina
y cuanto es fruto del sudor del hombre
destruye, agosta, quema y arruina?
¿Cuál, cuál es ese Sér? ¿Cuyo es su nombre?
¿Ne es crueldad terrible
hacer á los mortales asequible
el templo de la ciencia,
para lo que su clara inteligencia
piensa y diestro su brazo realiza,
reducir luégo á polvo y á cenizas?...

Mas, cual si Dios á mi clamor oído
diera, cesó la tempestad, y el cielo
puro se ostenta ya: brilla encendido
el refulgente sol, gime en el suelo
la brisa; el campo, el bosque reverdece;
naturaleza, en fin, rejuvenece...

En tanto, del cañon la voz retruena;
los aceros se chocan brilladores;
los sangrientos cadáveres que caen
huellan las altas yerbas y las flores;
suenan gritos de rabia y desventura;
pirámides de miembros mutilados
hienden el aire horribles y de sangre
torrentes mil inundan la llanura.
Silencio luégo, soledad y muerte...
de cuerpos un monton yace allí inerte...
y nada más; las aguas del olvido
se llevaron el último gemido.

El fúnebre clamor de una campana,
el silencio interrumpe á la mañana.
Y ese clamor no cesa un solo instante,
y lo repite el eco en la montaña,
en la mar, la ciudad y la campaña,..
Un sombrío cortejo
miro, y escucho la salmondia triste
de los que ruegan por las almas: viste
negro sayal el pueblo; que no hay nadie
que de algun sér querido
la irreparable pérdida no llore...
¡Rezos y ruegos, súplicas y ayunos
para aplacar á Dios!... En vano, en vano:
la peste extiende su implacable mano,
y al grande y al pequeño da la muerte:
lo mismo al débil que al robusto y fuerte.
Y brilla puro el sol, brilla la luna,
y la mar yace inerme,
y mudo el viento en las florestas duerme.

¡Cuántos al hondo abismo de la nada
¡ay! descendieron para siempre...! ¡Cuántos
deben morir aún...! La dilatada
tierra es teatro sólo de quebrantos.

Y qué ¿será que á tan terrible azote
se una la tempestad?—Si: nuevameete
suenan la voz del trueno prepotente:
de nuevo el huracan ruge, y levanta
inquieta el mar sus gigantescas olas...
¡Dios! tu poder mi corazón espanta!

¡Silencio!... ya cesó. Rosada aurora
los valles ilumina,
el horizonte dora,
las montañas colora
y en lumbre baña la ciudad vecina.—

De la campana el fúnebre gemido
cesó tambien, y el triste clamoreo,
y el lamento do quiera repetido
de los que vían en mortal desmayo
caer las caras prendas de su alma:
pase el terror, renace ya la calma;
la peste huyó vencida por el rayo...!

¡Oh de Dios infinito Omnipotencia!
¡Oh justísima y sábia Providencia!

SEGISMUNDO GARCÍA CASTRO.

Ferrol, 1874.

GUDA Y YO.

VIAJE AL PLANETA SATURNO.

IX.

Llegada y recepción.

Guda, entregada á un prolongado silencio parecía en extremo preocupada, por más que la reanimaba, ó lo procuraba al ménos, con mis miradas y sonrisas, además de recordarle á menudo que se acercaba ya el fin de nuestro largo viaje.

—Tengo tristes presentimientos, dijo por último contestando á una de mis sonrisas.

—Sobre qué, preguntela con dulzura.

—Yo misma casi no lo sé.

—Desechad semejantes ideas.

—Imposible.

—Es bien extraño, querida Guda, que durante una excursion, cuyo peligro á nadie podía ocultarse, hayáis mostrado tanta entereza, y que al recoger el laurel de vuestro triunfo en el suelo conquistado, vengais á caer en un desaliento tan inconcebible cuanto infundado.

—¿Qué quereis! circunstancias hay en la vida á que no nos es dado hacernos superiores.

—Pero bien, sepamos ¿qué teneis?

—Tal vez pudiera deciroslo si ántes me prometieseis no enojáros.

—¡Enojarme yo! Permitidme deciros, alma mia que hay momentos en que estais en contradiccion con vos misma.

—No lo negaré y espero hablar en vos la magnanimidad suficiente para perdonar mis involuntarias faltas y defectos.

—Por lo visto me alimentaba de ilusiones: imaginé, creí que vuestra mirada habia leído muchas veces los sentimientos de mi corazon, y veo ahora que tengo que añadir una nueva decepcion á mis desengaños.

—Hasta ahora no creo haberos hecho sufrir ninguno.

—Sois cruel, Guda mia, si muy cruel y no os parezca dura la palabra.

—Porque os juzgo mal ¿no es verdad?

—Porque creía no haberos dado motivo para dudar de mi cariño ni de mi amor.

—No dudo.

—Entonces ¿á qué esa promesa mia? ¿á qué ese temor vuestro?

—¿Quereis saberlo?

—Lo exijo.

—¡Ah! os trocáis en tirano?

—Tengo el derecho, no de la tiranía sino del

merecimiento para penetrar en vuestros secretos. Estais conmigo ¿por qué, pues, no os llamais y creéis feliz como yo me tengo por dichoso á vuestro lado?

GENARO SUAREZ Y GARCIA.

(Se continuará).

LAS AUREANAS DEL SIL.

MEMORIAS DEL VIZCONDE DE FONTEY.

XXII.

Historia de dos pañuelos.

Como mi camarero me veia pasear tan agitado, entró y me dijo:

—El señor conde no ha reparado aún en el pliego de la Rua que trajo hoy el correo, y que coloqué aquí sobre el velador. Hoy es más *abultado* que otras veces.

Y me lo entregó.

Yo me senté y lo abrí, como al acaso.

Empecé á leer la carta del doctor, pero apenas podia porque la bella imágen de Mona Lisa, parecia sonreír picarescamente entre las líneas manuscritas. Sin embargo, pronto me encadenó la lectura, la imágen de Mona Lisa desapareció completamente de mi memoria, los cabellos empezaron á crispase sobre mi frente, y experimenté la sensacion cruel de un frio intenso en el corazon.

«Hace dos dias, señor conde,—decia el doctor,—que se me presentó Rosendo Merlan, y me suplicó encarecidamente que le remitiera á V. el adjunto pliego. Pero ¿quién me diría que aquel jóven cazador de Celavente, tan atento y sereno en mi gabinete, pocas horas despues habia de suicidarse en su misma casa? Tanta juventud, tanta lozanía, tanta exhuberancia de vida, extinguirse de repente al impulso de un pensamiento funesto, cosa es que me tiene aun muy impresionado, y tanto más cuanto que en mi condicion de médico no hago sino luchar uno y otro dia con la muerte para arrancar víctimas de sus garras. ¡Ah, Dios mio! ¿por qué matarnos si al fin habemos de morir?... ¡Qué extraña alucinacion, qué influencia misteriosa puede obligar jamás al suicidio, cuando aún apenas se empezó á vivir! ¿Por qué ese jóven tan varonil y hermoso... por qué tanta riqueza de vida no es hoy mas que un poco de polvo al impulso tal vez de auna sobrecitacion quimérica ó pensamiento fatal que se apoderó de su cerebro? ¿Qué mano más poderosa que la suya...?»

No pude seguir leyendo la carta del doctor,—y abrí el pliego de Rosendo, que empecé á leer con profundos estremecimientos y gruesas lágrimas:

Decia así:

«Señor conde de la Rua de Valdeorras:

«Siempre que eran los dias de mi madre, único pariente que conocí en este mundo y cuya ternura suponía más que si tuviera diez millones de ellos»

estrenaba la pobrecita un pañuelo de seda que yo le compraba, elegido por mí, y lo ponía con más orgullo que una reina su corona. Hace dos años que pasó el día de su santo en cama, en donde la tenía sujeta una enfermedad aguda, y no por eso yo dejé de comprarle el pañuelo de costumbre, ni ella de ponérselo á la cabeza aún en el mismo lecho de muerte; pero el pañuelo de aquel año no lo tuvo más que dos días, porque al tercero, murió.»

«Guardé aquel pañuelo como una reliquia. Pocos meses despues de la muerte de mi madre, conocí á Clara, recogiendo arenas de oro orillas del Sil. Y mientras ella pasaba las horas en esta faena, yo me sentaba en un ribazo en frente, encendía un cigarro y lo fumaba contemplándola. Lo que yo gozaba en estas contemplaciones de inesplicable éxtasis, no creo que lo haya gozado nadie en la vida: me sentía tan feliz, que no me acordaba enteramente de nada. Pero ¿por qué no le manifestaba yo aquel amor á Clara? Hé aquí lo que no podía definir. Si cualquier otra muger me gustára, yo creo que no vacilaría en decírselo; pero á Clara la miraba yo con tan dulce santidad, me ponía, en fin, tan encendido al verla, que cuando pasaba algunas veces á su lado, me costaba trabajo murmurar unos «buenos días,» bajando los ojos más ruborizado que ella; yo, hombre vigorosísimo!»

«Nunca dejaba de pensar en Clara, taviérala ó no delante de mí; y de noche me dormía haciendo castillos sobre el modo de manifestarle resueltamente cuanto la amaba; pero proyectos que al siguiente día no podía realizar por falta de valor. Una tarde, besando con lágrimas el pañuelo querido con que muriera mi madre, lo metí en el bolsillo y me dirigí al sitio de mis contemplaciones, que eran los ribazos del Sil: yo creía que con llevar aquel pañuelo santo, tendría más aliento para acometer la gran empresa de hablar á Clara de mi amor; pero por el contrario, aquel día en vez de ponerme como siempre al descubierto sobre un peñasco, tuve ménos entereza y la contemplé oculto entre una enramada. Fastidiado de mí mismo, concebí aquella vez el pensamiento de embriagarme á ver si la aguardiente me hacia desvergonzado, en el buen sentido de la palabra. Corrí, pues, á la taberna de Coedo, y ví, contra mi costumbre, regresando luego junto á la aureana. Era el momento en que ella se retiraba del rio y se dirigía con su hermana y otras jóvenes más, hácia Peña de Foleche. Yo me hice el encontradizo, y como ella iba detrás de todas, pude decirle: *¡qué bonito es tu pañuelo!*—Pero no era esto lo que yo quería expresarle: yo quería pronunciar *¡qué bonita eres, Clara, y cuánto te quiero!* más en vez de mirar su rostro, me sentí deslumbrado, inclinando la vista hácia su pañuelo, y esta impresion me hizo cambiar la fórmula de mi idea. Clara me contestó: *más bonito es el tuyo;* fijándose en el de mi madre que asomaba en un bolsillo de mi chaqueton. *Cambiémoslos,* le dije yo. *Cambiémoslos, pues;* repitió Cla-

ra sonriéndose. Y cambiamos los pañuelos, sin que se atravesara otra palabra; pues yo, siguiendo rápidamente mi camino, juzgaba que no debía hablar más á Clara, porque creía, en fin, mio su corazón como el mio de ella. ¡Ay, aquel día, fué una luz de rosa en la noche de mi vida! Es imposible que mortal alguno gozara como yo gozaba con aquella pasión que, sin sentirlo, se iba apoderando de todo mi sér para abstraerme completamente de todos y de todo. Aquel pañuelo de la aureana, no se separaba de mí jamás, y los besos que recibía de mis labios sedientos de amor, no eran tristes y reposados como los que le daba al pañuelo de mi madre, sinó ardientes, inapetuosos, trastornadores. Si cuando iba al Sil y miraba á Clara, Clara no me miraba con la ternura que yo presentía, su pañuelo era después en mi boca el talisman que calmaba mis pesares. Pero ¿había de seguir siempre yo en aquel estado de *encantamiento* amoroso? No; era preciso casarme con la aureana, y por lo mismo decírselo. Adoptada esta resolución, me encarré con ella dos ó tres veces en el Sil, y otras tantas concluía nuestra conversacion frívola sin adelantar nada; porque al querer hablarle de mi amor y de mis propósitos, me sentía sumamente turbado. Trascurrían así los días y los meses, hasta que ocurrió el desafío del señor conde en el cementerio de San Juan de Barrio, y de sus resultas se albergó en la choza de Clara para curarse de la herida que recibiera en él. Entónces, llegada la convalecencia, y espiondo yo desde el cercado de la huerta de la aureana el interés con que ella escuchaba al señor conde, conocí que estaba enamorada la infeliz, y que sólo la ausencia del señor conde podría curarla de semejante, insensato amor. Aplanado por este convencimiento, pensé en dos cosas: en suicidarme ó suplicarle al señor conde unos meses de ausencia. «Para lo primero, me dije, siempre tengo lugar; intentemos lo segundo.» Y tuve con el señor conde la entrevista en que se mostró tan hidulgo, que no le recompensaría nunca con toda la sangre de mis venas.»

«Ausente el señor conde ¿hubo reaccion en Clara interesándose por mí? ¿Conseguí algo? Ah! conseguí uno y otro día el desengaño más horroroso! Clara amaba y ama tanto al señor conde que *ni aún muriendo,* me dijo ántes de ayer, *ni aún muriendo* podrá dejar de amarlo sobre todo cuanto hay en el mundo.»

«Estas palabras de la aureana, son mi sentencia de muerte. Otro hombre, en mi caso, trataría de hacerse superior á su pasión por Clara, y se dedicaría á amar á otra. Yo no puedo hacer esto. ¿Por qué? ¿por mi carácter ó por la educacion que recibimos en estas montañas donde nacimos, que nos hace apreciar el amor, no como una afeccion pueril ó un *medio de gozar* como observé en Santiago cuando estudiaba, sinó como una condicion orgánica, constitutiva de nuestro sér? Yo creo que son las dos causas á la vez, las que trabajan mi espíritu.

tu. No amé jamás. Clara fué la única muger que amé, y sin Clara no concibo la vida. Aún cuando me pusieran delante la hija de un emperador y muger la más hermosa que se conociera, me sería del todo indiferente, con tal de olvidar á la pobre aureana que amo. O Clara, ó la muerte, me dije siempre;—y no pudiendo ser de la una, seré de la otra irrimisiblemente,—pues respecto á perder la vida, recuerdo á propósito las siguientes palabras de Cícero, que leí en sus discursos, y ellas me fortalecen para acometer mi empresa: «Valor... ten presente que si tu cuerpo *debe* perecer, *tu alma no es mortal*: ese cuerpo, esas facciones y formas visibles *no eres tú*: lo que constituye al hombre es el alma y no esa figura que puede mostrarse con el dedo: sabe, pues, *que eres divino*, porque serlo es reconocer en sí la vida, la facultad de pensar; acordarse, preveer, dirigir, arreglar los movimientos del cuerpo á que estamos unidos, como el Dios verdadero gobierna y dirige todo lo criado. Semejante en esto á ese eterno é inmaculado Dios que pone en movimiento el universo, *corruptible*, nuestra alma *mueve* el cuerpo perecedero.»—Esto dijo, respecto á la vida, aquel génio que iluminó á Roma; y la mayoría *sentimos* la profundidad de esta otra gran sentencia:—«*Morir*, principiar és nueva vida; como *nacer*, cesar en la anterior.»

«Gracias, pues, señor conde, por su generosidad en servirme, al solicitar de V. unos meses de ausencia. Esta misma noche, cuando regrese de Fontey á donde llevaré esta carta, escribiré otra para que á nadie se heche la culpa de mi muerte; me encerraré despues en mi cabaña, me arrojaré sobre mi cama, colocaré en mi boca el pañuelo de Clara para besarlo al espirar como lo estoy besando á cada momento, y poniendo la escopeta de dos cañones apuntando debajo de la boca, con los dedos de los piés daré impulso á los gatillos...»

«Pido aún á V., un último favor, señor conde; cuando V. reciba esta, ya habré muerto; regrese V., pues, á su palacio, recoja de Clara el pañuelo que fué de mi madre, venga á Celavente, y reuniendo V. los dos sobre mi sepultura, quémelos ámbos sobre ella. Es el capricho de un pobre suicida; dispénselo V. con su extremada bondad y cúmplalo: me parece que las cenizas de esos dos pañuelos cayendo sobre las mias, me acompañarán como dos suspiros de amor para la otra vida: mi madre y Clara, á las de mi pensamiento!»

Concluida la lectura lastimosa de aquella carta espiritualísima de Rosendo, seguí leyendo la del doctor, que interrumpiera,—y que continuaba así:

«¿Qué mano más poderosa que la suya le impelió á ser tan desdichado que, aún al matarse, llev ó una muerte horrible? Pues ha de saber V., señor conde, que segun me manifestaron, Rosendo no debió morir de los dos primeros disparos, pues se encontraron tres balas clavadas en la cabecera de su lecho, y su cadáver en tal desórden sobre el colchon que indicaba una agonía sumamente ba-

talladora... haciendo presumir más esto último un pañuelo que se le encontró en la boca medio mascado, por efecto de sus terribles, dolorosas ánsias al exhalar el último suspiro.»

Seguia el doctor hablándome de otras particularidades, que juzgué de escasa importancia, despues de lo que acababa de sader,—y seguidamente ordené al camarero que arreglara el equipaje para regresar á la Rua el siguiente dia.

Yo me acosté, pero no pude dormir: la imágen espiritual y ensangrentada de Rosendo llenaba mi pensamiento. Salia el vapor del Ferrol para la Coruña, á las nueve de la mañana,—y á las ocho ya estaba yo en el muelle. Tal era mi impaciencia.

Llegué á las diez y media á la Coruña, almorcé, y á las doce salí en la diligencia de Compostela, donde comi al anochece, y tomé caballos para salir al rayar del siguiente dia hácia Orense,—en cuya ciudad descansé como en Compostela, y al otro llegué á la Rua;—de modo que en dos dias y medio me puse en mi palacio de Fontey, desde el Ferrol.

Al siguiente dia de estar en mi casa solariega, fui á ver á Clara, con objeto de obtener el pañuelo de la madre de Rosendo y cumplir el último ruego del infeliz.

Cuando llegué á Peña de Foleche, Clara estaba sentada á la puerta de su casa con el niño de Sira en los brazos. Mucho se inmutó al verme, y un rubor de fuego encendió sus mejillas. Me hablaba con singular precipitacion, por efecto de las sensaciones que la conmovian á mi presencia inesperada. Esta precipitacion rayaba en aturdimiento,—tal, que no sabia si estrecharme entre sus brazos como á un amante idolatrado ó arrodillarse á mis piés como á los de un Dios. Habia en el amor que sacudia los senos de aquella alma, todo eso: pasión, ternura, respeto, veneracion,—resultado de la diferencia de nuestras posiciones en el órden social.

—Ah! mi alma no me engañaba, señor conde!—esclamaba juntando las manos sobre su pecho—mi alma me decia siempre que el señor conde volveria y volveria á verme... á ver á quien le quiere tanto!

Y me cogia las manos y las llevaba á su boca para besarlas ardentemente; pero con una naturalidad y una efusion á la vez que me es imposible significar,—como si yo fuera *algo* de su ser ó ella algo del mio.

Eufemia de Meiral vino á cojer el niño, y nosotros pasamos al cómaro segun mis deseos, donde nos sentamos.

Clara me hablaba de amor con sus ojos, con sus actitudes, con su aliento porque toda ella palpita de pasión,—y hubo instantes en que arrebatado en su atmósfera de ternura mis labios se inclinaron para besarla con vehemencia, correspondiendo la infeliz á mis arranques de cariño no ménos arrebatada y ciega.

Pude dominarme por fin, y respeté aquella flor virginal del Sil.

—Basta de cariños, Clara;—le dije—mi posicion

como casado, me veda ser lo expansivo que quisiera. Hablemos de otra cosa: hábleme V. de Rosendo.

Cuando yo esperaba que la aureana se estremeciera á este nombre, ni la menor alteracion contra-jo su semblante

—Pobre!—dijo tan sólo tristemente.

Y luego, sonriéndose, murmuró:

—Estuvo loco, enteramente loco al matarse. Pues qué, si porque una muger rehusa casarse con un hombre, este ha de quitarse la vida... adios mundo!

—Es que Rosendo la amaba á V, no como se ama por lo general, esto es, por el solo placer de gozar de los encantos de una muger; Rosendo la amaba á V, como á un angel del cielo, sin el menor deseo impuro, por más que despues de casarse con V. se abra-sára en ellos.

—Pero yo... yo no lo amaba á él. Mi corazon lo llenaba y lo llena otra pasion, y feliz ó desgraciada con ella, prefiero la soledad de la vida á vivir con otro hombre que con el que amo.

Yo quise volverla á besar, para agradecerle su amor tan sinceramente manifestado; pero me contuve por las consecuencias funestas que pudiera tener para ámbos,—porque aquel ser, todo aquel organismo de sensitiva lo sentia languidecer de erotismo al rayo trémulo de mis ojos.

—Y si V. no le amaba, Clara,—le dije—¿por qué conserva V. de Rosendo un pañuelo, como él conservaba otro de V.?

Clara enarcó las cejas como reflexionando.

—Es verdad—murmuró—, es verdad que una vez cambiamos de pañuelos, pero nada más!

—Y para V. no significaba nada eso?—

—Nada.

Y se encogió de hombros con injenuidad.

—Ah! pues si viera V. lo que eso significó para Rosendo! Tanto, Clara, que murió besando su pañuelo de V.

Ni pestañeó siquiera. Creia yo que se inmutaria al decirle cosa tan sensible; pero la aureana permaneci6 glacial, completamente indiferente. Y era que abstraída en su pasion, todo lo demás no tenia sentido alguno para ella.

—Déme V. ese pañuelo, Clara,—le dije.

Levantose Clara y entró en su casa para buscarlo.

Luego apareció con él, mostrándomele.

Yo recogí aquel pañuelo y lo guardé en un bolsillo del chaquet.

—¿Por qué lo guarda V, señor conde?—me preguntó friamente;—¿para qué lo quiere V?

—Ya se lo diré á V. otro dia, Clara.

Y se dió por satisfecha.

Yo la besé ent6nces y me levanté para marcharme.

Ella se quedó tristísima, como si quisiera siempre... mi alma en su alma.

Empezaban á caer las primeras sombras de la

noche sobre el valle, y los ojos de Clara irradiaban la melanc6lica luz del dia que espiraba.

Compadecido de la pobre aureana, conociendo en fin cuanto me amaba, y temiendo á la vez la fuerza del amor que me encadenaba á ella, hice un esfuerzo de espíritu, y salí rápidamente de Peña de Foleche.

Al amanecer el siguiente dia, monté á caballo y me dirigí á Celavente, seguido de un jockey; deteniéndome á almorzar en Cesuris,—parroquia que aun recuerda en su denominacion el cesarismo del Tiber en nuestro pais, tan explotado por aquellos sobervios conquistadores romanos.

El paisaje era encantador desde el balcon de la casa en que paraba. La estructura jeológica del pais, á pesar de la elevacion de aquellas triangulares moles cubiertas de brezo, castaños, higueras, nogales y otros árboles frutales tan propios de los territorios húmedos y frios, favorece admirablemente la marcha del sinuoso Bibey que lo recorre,—cuyo rio tambien recordaba la antigua parcialidad galaica que constituia los pueblos bíbalos.

A pesar, pues, de aquellas formidables montañas, últimos eslabones de la sierra del Exe que se prolongan en distintas direcciones,—por allí el Bibey no tiene que saltar barreras espantosas, tajando gigantes masas de durísimo cuarzo como más al oeste, entre Otar de Priegos y S. Bréximo y poco antes de su confluencia con el Jares.

Porque, faldea el Bibey los elevados montes de Chandoyro, encallejonado por decirlo así; atraviesa los raquíticos arcos de dos ó tres puentes antiquísimos, vestidos de yedra; rebota luego entre blancos peñascales, y esmalta despues sus caprichosos giros en el poetico verdor del voluptuoso valle, á donde van á reunirse los arroyos formados por las eternas nieves de las montañas contiguas;—y se desliza alegre, loco, murmurante por entre los pintorescos *ameneiros* (alisos) que inclinados sobre él desde una y otra márgen, forman un embovedado de verdura con su alto y frondoso ramaje.

Al norte, en la mitad de una de estas eminencias disparadas de las entrañas de la vega de Cesuris, cuyos piés titánicos sirven de cauce al Bibey,—se dibujaba la oscura é informe ermita de Santa Cruz, bajo un cielo vaporoso tan característico á esta parte de la provincia de Orense que confina con Castilla la Vieja, y sobre un fondo azulado por algunos sitios como la superficie de un lago, y amarillento y verde claro por otros como resultado de una vegetacion fecundísima, pujante y vigorosa que resalta hasta en los peñascales de los cerros más elevados de aquellas inmensas olas de tierra, tapizadas de silvestres y aromáticas flores.

Pero lo que más particulariza aquel panorama montuoso, son las deliciosas vistas del valle hácia Cesuris.

En sus floridas praderas que fertilizan las móviles y cristalinas aguas del Bibey, se levantan más de cien casas de piedra berroqueña con sus ondu-

lantes penachos de humo, — aisladas, diseminadas á derecha é izquierda y sombreadas de corpulentos robles y espesos nogales, — cuya menuda hojarasca oculta casi todas sus ventanas, ennegrecidas por el humo y los años unas, y pintadas de almazarron otras con cruz blanca en el centro. Cada una de aquellas casas de labranza, más pintorescas por su situacion que por su estructura, ostentan su corral y cobertizo para el carro, — como si todas en su uniformidad perteneciesen á un sólo dueño, — y uno de esos paralégramos almacenes de *fabaica* ó ramas entrelazadas que sirven para guardar el maiz y que designan con el nombre de *hórreos*.

He aquí — que en las bellas márgenes del Bibey, en aquel territorio poéticamente accidentado que comprende también los flancos de la cadena de montañas de Celavente entre las paralelas curvelineas de este rio y el Jares, — nada falta más que un Alfonso Both que hiciese célebre en sus lienzos la hermosura y magestad, la poesia y animacion de aquellos paisajes que ofrece á los ojos del viajero la sorprendente region con que la naturaleza brinda á las aguas de ámbos rios. Si despues de estos cuadros admirables por su armonia y la riqueza de su fondo... por la diversidad de sus árboles y aves de encendidas tintas... por la situacion de sus casas sombreadas de castaños ó incrustadas en las rocas... por las flores de mil matices que sobre la verde alfombra de los campos, producen el más halagüeño aspecto... por su cielo azul y nácar, y por que todo el conjunto impresiona agradablemente en fin... — si despues de contemplar estas risueñas vistas, repetimos, se fijan los ojos en las montañas opuestas de la Raigada ó Serveinzá, las más horribles y angustiosas perspectivas vendrian en seguida á oprimir el corazon de melancolía y borrar las dulces impresiones acabadas de recoger al pié de los pomposos castaños y de los alisos encorbados.

Al sur, pues, os sorprenderian aquellas montañas desnudas, talladas en horrorosas formas, porque hay algunas que rematan en tres y cuatro picachos inaccesibles é indistintamente inclinados; os sorprenderian sus húmedas rocas suspendidas unas sobre otras, y que amenazan desprenderse al menor viento sobre las sencillas casas del valle, algunas de las cuales avanzando hasta la mitad de las pendientes, parece que van rodando con estrépito; os sorprenderian aquellas crestas cónicas ó entreabiertas que se lanzan al firmamento coronadas de nieve, la que de cuando en cuando sacuden en impetuosos aludes que hacen más daño en las márgenes del Bibey que los peñascos que desgajan los violentos huracanes hácia el norte; os sorprenderian sus horrorosos precipicios, tan horrorosos que cualquiera cree ver en ellos las ondas señales de las convulsiones de la naturaleza; y por último, os sorprenderia aquel silencio lúgubre, siniestro, fatal que reina, — porque allí no hay un ave que cante, un árbol ó planta cuyas hojas mueva el viento... Allí no hay más que rocas y nieve; amon-

tonadas rocas que impondrian al geólogo más consumado, y las nieblas que escalando los pedregosos flancos se detienen en las alturas, contribuyendo á exagerar las proporciones gigantescas de aquellos obeliscos.

Por fortuna, no tenia que cruzar la comarca de Cesuris por esta parte, pues para ir á Celavente tenia más bien que ascender al norte, y para eso poco, porque sus casas se distinguian en aquella direccion.

Atravesé, pues, el Bibey por un mal puente que conduce á Chandoiro ó *Suelo de Oro*, y penetré en la parroquia del desdichado Rosendo.

Eran ya las nueve de la mañana cuando llegué á casa del párroco de Celavente, quien despues de varias explicaciones, me entregó el pañuelo ensangrentado del suicida, que conservaba como un recuerdo especial de lo mucho que lo habia apreciado; acompañándome afectuoso hasta el cementerio, donde me dejó solo en la sepultura de Rosendo, conforme á mis deseos de orar en ella por su alma.

Una vez sólo, y arrodillado sobre aquella tierra recién removida, junté los dos pañuelos, encendí un fósforo y les puse fuego.

Por uno de esos contrastes singulares en los acontecimientos de la vida, á medida que los pañuelos se reducian á cenizas sobre las cenizas de aquel jóven tan enamorado como espiritualista, que los habia besado y querido tanto, — sonaron casi cerca, los ecos de la gaita, — pues se celebraba funcion en la ermita de Ortos, — y se oian los cantares de los aldeanos y hasta el ruido de sus fuertes pisadas al bailar. A la vez, una ráfaga de viento, agitando aquellas cenizas ensangrentadas, las extendió como un velo ténue sobre la sepultura del pobre cazador, — y yo salí del cementerio tan afectado de aquella exhumacion, que no quise detenerme un momento más en Celavente, — regresando é medio dia á mi palacio de Fontey, no por Cesuris y la Puebla de Trives como habia ido, sinó salvando el Jares en Puertomourisco y salvando el Sil en Puente Cigarrosa.

X XIII.

La gran lucha.

No quise ver á Clara aquella tarde. Preocupado con la escena del cementerio, me parecia fúnebre cuanto pudiera encontrar fuera de Fontey, — y poniéndome al piano, recorría las teclas con vigorosa, febril pulsacion; — recordando *motivos* de vivacidad y alegría, y concluyendo siempre por tocar cosas tristes y lúgubres como lo estaba mi alma desolada.

BENITO VICETTO.

(Se continuará.)